

Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe  
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe  
La Crosse  
12 de diciembre de 2017

Za. 2, 14-17  
Jdt. 13, 18bcde. 19  
Ap. 11, 19a; 12, 1-6a.10ab  
Lc. 1, 26-38

## Homilía

*¡Alabado sea Jesucristo!*

El mundo al que la Virgen Madre de Dios entró con sus apariciones en el Tepeyac, en lo que hoy es Ciudad de México, desde el 9 al 12 de diciembre de 1531, estuvo marcado por fuertes contrastes. Por un lado, había una rebelión abierta en contra de Dios y su ley escrita en cada corazón humano. El pueblo Azteca estaba involucrado en una extendida y cruel práctica de sacrificios humanos, matando violentamente vidas humanas inocentes e indefensas en nombre de la religión. Hombres malvados pervirtieron de tal modo el sentido religioso del pueblo, que ya no sentían la voz de Dios en sus corazones – la conciencia – que enseña a todos los hombres de buena voluntad que siempre y en todas partes es malo aniquilar la vida humana inocente e indefensa. Al mismo tiempo, un grupo de conquistadores españoles, en nombre de intereses egoístas, consideraron a las personas originarias menos que humanos y, por tanto, no dudaron en utilizar la fuerza militar para conquistarlos, al costo de muchas vidas humanas y de una gran destrucción de las necesidades vitales.

Por otro lado, Dios había hablado al corazón del rey de Texcoco y a su hijo ya en 1464; conduciéndolos a buscar a Dios y a su verdad, belleza y bondad. Su labor para guiar al pueblo al conocimiento de Dios encontró su plenitud con la llegada desde España de los primeros misioneros franciscanos en 1524. Los frailes franciscanos, bajo la dirección de uno de ellos mismos, el obispo Juan de Zumárraga – primer obispo de México – , estaban llevando adelante – maravillosamente – la primera evangelización de México.

Los frailes proporcionaron una cuidadosa enseñanza de la fe, instruyendo a los nativos sobre Dios y su plan para nuestra felicidad eterna. A través de sus enseñanzas, muchos nativos llegaron a comprender más plenamente la voz de Dios que les hablaba

en sus corazones. Muchos abrazaron la fe católica. Entre los primeros convertidos a la fe verdadera, estaba Juan Diego, su mujer María Lucía y su tío Juan Bernardino. Felizmente, caminaron las catorce millas desde su casa hasta Tlalteloco para recibir instrucción en la fe proporcionada por los frailes franciscanos los sábados y para participar de la misa dominical. Cuando María Lucía murió en 1529, Juan Diego se mudó junto a su tío Juan Bernardino para cuidarlo. Su fe católica se profundizó cada vez más y más, especialmente a través de su devoción por la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios<sup>1</sup>.

Fue en este mundo – sufrido por tanta confusión, error y violencia – que Dios envió a la Madre de su Hijo Unigénito – el Salvador del mundo – para dar un potente testimonio de la verdad de su inconmensurable e incesante amor por toda la humanidad y de la más plena expresión de tal verdad en el misterio de la Encarnación redentora. Dios eligió a Juan Diego y al obispo Juan de Zumárraga para recibir las apariciones y el mensaje de la gloriosa Virgen María, de modo que ella pudiera llegar a todo el pueblo, moviéndolos a la verdad, la belleza y la bondad de Dios – el único que disipa las mentiras, la fealdad y el mal, que destruyen la vida humana y guían al hombre al pecado y a la muerte eterna.

Todo el propósito de las apariciones y del mensaje está expresado en las primeras palabras de Nuestra Señora a Juan Diego:

Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño, que yo soy en verdad la perfecta siempre Virgen Santa María, que tengo el honor de ser Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el Dueño de la cercanía y de la intermediación, el *Dueño del cielo, el Dueño de la tierra*.

Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal, a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación.

Porque, en verdad, yo me honro en ser tu madre compasiva, tuya y de todos los hombres que vivís juntos en esta tierra, y también de todas las demás variadas estirpes de hombres, los que me amen; los

---

<sup>1</sup> Cf. *A Handbook on Guadalupe* (New Bedford, MA: Franciscan Friars of the Immaculate, 2001), pp. 42-47.

que me llamen, los que me busquen, los que confíen en mí. Porque ahí, en verdad, escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores<sup>2</sup>.

La aparición de la Madre de Dios, su imagen que Dios dejó para siempre en la tilma de Juan Diego y su mensaje confirman la verdad de nuestra salvación que Nuestro Señor nos consiguió con su pasión y muerte, la gracia que Él nunca cesa de ofrecernos en la Iglesia, su Cuerpo Místico.

Cuando el pueblo se estaba rebelando contra Dios y su plan para nuestra felicidad ya ahora en la tierra y su perfección en el cielo – la meta de nuestro peregrinaje terreno, Dios envió la Madre de su Hijo Unigénito – nuestro Salvador – para conducirlo hacia Él vivo por todos los hombres en la Iglesia. La pequeña casa sagrada de la Virgen de Guadalupe es un símbolo de todo el Cuerpo de Cristo en el que Dios Hijo Encarnado reside a través de la efusión del Espíritu Santo desde su glorioso perforado Corazón hacia los corazones de aquéllos que lo buscan, de aquéllos que le dan sus corazones y de aquéllos que se esfuerzan por servirlo en todas las cosas.

Nuestra Señora de Guadalupe nos conduce a la verdadera morada de Dios entre nosotros, anunciada por el profeta Zacarías:

Grita de gozo y alégrate, hija de Sión, porque vengo a habitar dentro de ti – oráculo del Señor – . Aquel día seguirán al Señor muchas naciones y serán pueblo mío. Yo habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los ejércitos a ti me envió. [...] Que calle toda carne ante el Señor, que se alza de su santa morada<sup>3</sup>.

Dios en efecto vino a morar entre nosotros, siempre en su Santa Iglesia, en la cual su Hijo Unigénito, Nuestro Señor, trabaja para atraer a sí mismo a todos los hombres, para que de ese modo vivan en justicia y en paz, sirviendo a Dios y a sus prójimos y alcancen su morada eterna en el cielo. En la Virgen de Guadalupe, contemplamos la «mujer vestida de sol» que «está encinta» y que «dio a luz un hijo varón, el que va a regir a todas las naciones con cetro de hierro<sup>4</sup>». La Virgen de Guadalupe es la Virgen María,

---

<sup>2</sup> “El Nican Mopohua,” tr. Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, in Carl A. Anderson y Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México, D.F.: Random House Mondadori, S.A. de C.V., 2010), p. 214.

<sup>3</sup> Za. 2, 14-15. 17. [En ésta y en las próximas citas bíblicas utilizamos la siguiente traducción española: Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (1997-2016). *Sagrada Biblia*. Versión Kindle. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra, S. A.]

<sup>4</sup> Ap. 12, 1-2. 5.

«llena de gracia<sup>5</sup>» porque estaba destinada desde todos los tiempos a albergar en su vientre, por obra y gracia del Espíritu Santo, al «Hijo del Altísimo<sup>6</sup>», el Hijo que reina «eternamente sobre la casa de Jacob» y cuyo «Reino no tendrá fin<sup>7</sup>».

Mientras somos testigos, en nuestro tiempo, de tanta confusión y error respecto a Dios y su plan para nuestra salvación eterna y, también, de una rebelión abierta contra la ley de Dios escrita en todo corazón humano, Nuestra Señora de Guadalupe nos invita a acercarnos a ella, de tal modo que nos conduzca a su Divino Hijo, la única fuente de nuestra salvación. La situación es grave, como lo era al momento de las apariciones en 1531, pero no debemos perder nunca la esperanza, no debemos nunca alejarnos de la mirada materna de la Madre de Dios que nos empuja hacia su Divino Hijo vivo para nosotros en la Iglesia, sobre todo, en los sacramentos de la Penitencia y de la Santa Eucaristía.

Al celebrar hoy la Solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, recemos por su santuario aquí, para que sea siempre el instrumento adecuado a través del cual encuentre a sus hijos que llegan en peregrinación, escuchando sus pedidos de ayuda, sus llantos de tristezas, sanándolos de sus sufrimientos – espirituales y físicos – y recibiendo sus actos y acciones de gracias y el más profundo amor, representado hoy por tantas hermosas rosas traídas para manifestar nuestro amor más profundo por la Virgen Madre de Dios. Recemos, asimismo, por todos aquellos que atienden este Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, para que cada vez más sean sus mensajeros en el mundo, imitando a San Juan Diego, para que muchos que hoy en nuestro mundo están confundidos o perdidos se encuentren a sí mismos en Cristo quien solo es nuestra salvación.

En modo particular, recemos por los Caballeros del Altar de Nuestra Señora – los niños y jóvenes que sirven a Nuestro Señor durante la Sagrada Liturgia – invocando el auxilio de Nuestra Señora y de San Juan Diego. Que aquéllos que hoy se convertirán en Mensajeros [*Pages*] – el último paso antes de llegar a ser Caballeros – perseveren en su preparación para llegar plenamente a ser Caballeros del Altar de Nuestra Señora. Que la santidad de su servicio aquí sea reflejada en todo lo que piensen, digan y hagan.

Finalmente, a fin de que este Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe lleve adelante más perfectamente su misión a través de la atención de un centro de adecuada catequesis y para que sea posible una más larga estadía en el Santuario, les pido

---

<sup>5</sup> Lc. 1, 28.

<sup>6</sup> Lc 1, 32.

<sup>7</sup> Lc. 1, 33.

responder generosamente a la campaña principal que el santuario está llevando adelante ahora. La campaña «Respondiendo al llamado de María» proveerá para una mayor estabilidad financiera de la entera labor del santuario y para la construcción del Centro de catequesis y apostolado y Casa de retiro Padre John A. Hardon, S. J. La respuesta hasta ahora fue muy generosa. Sin embargo, si se quiere completar la obra, se necesitan muchas más donaciones generosas. Por favor, sacrifiquen parte de sus pertenencias para la continuación y el desarrollo de la obra aquí de Nuestra Señora.

Llenos con la confianza que Nuestra Señora de Guadalupe nos da e imitando su ejemplo, pongamos nuestros corazones completamente en el glorioso perforado Corazón de Jesús. Seamos uno en corazón con Él en su Sacrificio Eucarístico a través del cual Él salva al mundo y nos ofrece el alimento incomparable de su verdadero Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Manteniendo nuestros corazones en el Sacratísimo Corazón de Jesús, estemos confiados y animados para llevar a cabo cualquier misión que Dios nos dé, de modo que la verdad de su permanencia con nosotros en la Iglesia brille delante para que todos veamos. Que Nuestra Señora de Guadalupe, a través de quienes intentamos imitar a su mensajero – San Juan Diego – , mueva todas las almas a su Divino Hijo y a su Cuerpo Místico, la Iglesia.

*Corazón de Jesús, de cuya plenitud hemos recibido todos, ¡ten misericordia de nosotros!  
Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de la Divina Gracia, ¡ruega por nosotros!  
San José, Protector de la Santa Iglesia, ¡ruega por nosotros!  
San Juan Diego, ¡ruega por nosotros!*

*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén*

Raymond Leo Cardinal BURKE